

cia de todas las desgracias, á saber, obstinarse en la culpa, morir en pecado, y ser condenados por siempre : este suele ser el fatal paradero de cási todos los deshonestos.

¡Oh mis amados niños! no permita Dios que jamás incurrais en este pecado, que tantos daños causa al alma, y tantas almas conduce á la eterna perdicion. Vosotros sabeis cuánto os amo, vosotros podeis conocer cuán caras me son vuestra salud y vuestra vida ; pero, os lo digo con toda sinceridad, mas quisiera veros muertos y despedazados ante mis ojos, que veros esclavos de este pecado súcio y asqueroso. Al solo pensar que quizá dentro pocos años algunos de vosotros seréis víctimas de la deshonestidad, ¡ay! mi alma se entristece y mi corazon agoniza. Dios mio, asistid á estas pobres criaturas : Virgen purísima, velad sobre estos angelitos : Ángeles tutelares, tenedlos siempre de la mano para que no caigan en el abominable lodo de la torpeza. Y vosotros, prendas de mi alma, ¿quereis quitarme un peso enorme de encima ? ¿quereis dar algun alivio á mi corazon, lleno de temores y ansiedades ? Prometedme que siempre os mantendréis puros y honestos, aseguradme que nunca hollaréis la hermosa flor de la castidad. ¿Me lo prometéis, hijos, me lo prometéis?—(Si, padre). No me contento con que me lo hayais prometido á mí : quiero, hijos, que lo prometais tambien á esa Reina de la pureza, á esa amabilísima protectora de la virginidad ; y que se lo prometais humildemente arrodillados á sus piés, y con palabras las mas sinceras y afectuosas. Postraos, hijos, postraos ante esa bendita Reina, y decidle con todo el fervor de vuestra alma : Virgen purísima, Madre de la castidad, Protectora especialísima de los castos y refugio seguro de cuantos os imitan en la pureza : por el grande amor que os tenemos, por el gran deseo de imitaros que nos anima, os prometemos no mancharnos jamás con el pecado de impureza, y evitar en cuanto nos

sea posible toda ocasion y peligro de cometerlo. Y os suplicamos, ¡oh tierna Madre nuestra ! nos alcanceis gracia para cumplir fielmente hasta la muerte lo que acabamos de prometer, saludándoos á este fin con tres *Ave Marias*.

QUINTO DIA DE EJERCICIOS.

El ejercicio de la mañana se hará del mismo modo que el primer dia, menos el catecismo, que se suprimirá. Suponiendo que en los cuatro dias anteriores se habrá puesto á los niños al corriente de las disposiciones necesarias para confesar y comulgar dignamente, el tiempo que hoy se gastaria en catequizarlos, se empleará en oír sus confesiones, y ponerlos á punto de recibir la absolucion sacramental, por manera que el dia siguiente, dia de la comunión, no les sea preciso estar mucho en el confesionario. Por esto se ha de procurar que en la vigilia concluyan todos la confesion general, tanto los que la hayan comenzado en los dias precedentes, como los que hubieren esperado á comenzarla en este dia. Seria muy del caso que para oír estas confesiones el cura no fuese solo, sino que, si le fuese posible, llamase á algun confesor forastero, dejando á los niños en plena libertad de confesarse con él, y aun invitándoles á ello en cierto modo. Esta precaucion es de suma importancia, y puede evitar grandes males. Por mas que durante los dias de ejercicios los niños hayan dado muestras de gran fervor, por mas que hayan prometido confesar todos sus pecados sin callar uno por temor ó vergüenza, no hay que farse mucho de ellos : son niños... el rubor y la vergüenza les son naturales... el demonio no duerme... y si no se les da libertad para confesar con uno que no los conozca, ó á lo menos que no los conozca tanto como el cura, hay gran peligro de que callen algun pecado, y comiencen la série de sus comuniones con un enorme sacrilegio. El conocimiento

práctico que tenemos del corazón de los niños nos sugiere estas observaciones; y quien haya tratado un poco con ellos en el confesionario, desde luego conocerá que no son para despreciarse. —Advierta el cura á los niños que para el ejercicio del mediodía se presenten media hora antes de lo acostumbrado, á fin de ensayar la comunión del día siguiente.

Ejercicio del mediodía.—Reunidos los niños en la iglesia media hora antes de comenzar este ejercicio, el cura la empleará en explicarles el modo con que han de portarse el día siguiente en la función. Y no bastará que se lo explique de sola palabra, sino que se lo ha de enseñar prácticamente, haciéndoles hacer de todo como una especie de ejercicio ó ensayo. Lo primero de todo los conducirá al pié de las gradas del presbiterio: puestos allí, los hará formar á dos de fondo, colocando á los niños delante de las niñas; y les advertirá que el día siguiente, mientras se dirá la misa de la comunión, han de estar allí formados del mismo modo que lo están entonces, procurando guardar modestia y recogimiento, sin mirar, sin hablar y sin moverse. Les prevendrá que han de estar atentos á las palabras que él mismo ú otro sacerdote les dirigirá desde el púlpito, á fin de que sepan responder juntos y oportunamente á las preguntas que les hará. Y para que el día siguiente lo ejecutasen mejor, no sería por demás que, subiendo él al púlpito, les hiciese las dichas preguntas hasta que supiesen contestarlas.

Hecho esto, les enseñará cómo han de subir al altar cuando llegue el caso de recibir la sagrada comunión. Hará que cada uno tenga una vela en la mano: los del ala derecha en la mano izquierda, y los del ala izquierda en la mano derecha; y en esta disposición les hará acercarse al altar, marchando todos juntos, unos tras otros, con paso lento, y de tal modo unidos, que no se deshagan las parejas. Les enseñará á hacer genu-

flexión con ambas rodillas al paso que vayan llegando al pié del altar, y se entretendrá en hacérselo hacer hasta que sepan ejecutarlo bien. Después tomará hostias sin consagrar; y poniéndose en ademán de dar la sagrada comunión, hará que los niños vayan llegándose de dos en dos, y les hará ensayarse en el modo de recibir en la boca la sagrada forma.

Como se irán presentando á comulgar por parejas, les advertirá que el uno no ha de levantarse inmediatamente de haber comulgado, sino que ha de esperar á que haya comulgado también su compañero, y que en habiendo comulgado los dos, hagan juntos genuflexión al santísimo Sacramento, y luego salga cada uno por su lado, sin pasar por medio de las otras parejas que van llegando para comulgar, y vaya á situarse en el mismo puesto que ocupaba antes de la comunión, y así permanezcan todos hasta la conclusión de la misa.

Cuando vea el cura que los niños saben hacer con expedición y modestia todas estas evoluciones, los conducirá á la capilla de los ejercicios, y hecho lo de costumbre, les dirigirá la siguiente plática:

Disposiciones próximas para la comunión.

Sanctificamini: cras comedetis carnes. (Num. XI, 18).

Marchando los israelitas por medio de desiertos á la tierra de promisión, desfallecidos por el cansancio, y fastidiados de los manjares de que solían alimentarse, se presentaron un día á Moisés, su conductor, y le dijeron: Estamos cansados de comer el maná, nuestro estómago no puede ya soportar este alimento ligero y desabrido; danos carnes para comer: *Anima nostra nauseat super cibo isto levissimo... da nobis carnes ut co-*

medamus ¹. Expuso Moisés á Dios esta peticion de su pueblo; y atendiéndola el Señor, les contestó: Muy bien, voy á daros lo que deseais, mañana tendréis carnes en abundancia; pero es menester que antes de comerlas os santifiqueis: *Sanctificamini: cras comedetis carnes*.

Lo mismo vengo á deciros hoy, mis amados niños, sabiendo los grandes deseos que teneis de que os distribuya la carne inmaculada de Nuestro Señor Jesucristo. Bien, os diré, mañana se cumplirán vuestros deseos, mañana se os concederá lo que tanto deseais, mañana comeréis todos la carne purísima de vuestro dulcísimo Salvador: *Cras comedetis carnes*. Pero advertid, hijos, que antes de comer esta carne, es necesario os santifiqueis, es indispensable adorneis vuestra alma con las disposiciones que requiere un alimento tan celestial y divino: *Sanctificamini*. Porque si lo recibíeis sin ser santos, si lo comiérais sin las disposiciones convenientes, os seria inútil comerlo, y aun tal vez perjudicial. Para que no suceda que vuestra primera comunión sea sin fruto ni provecho, voy á explicaros las disposiciones próximas con que debeis recibirla, las cuales son principalmente tres: una pureza grande, una humildad profunda y un amor sincero y ardiente.

La primera disposicion con que mañana habeis de acercaros á la sagrada comunión es, hijos míos, una gran pureza de conciencia. No hablo ya de una conciencia limpia de pecados mortales: de esto bastante os he hablado en estos dias, ponderándoos el grande atentado que comete, y los grandes castigos que se atrae quien recibe indignamente el Cuerpo ado-

¹ Num. xi, 13.

rable del Señor. Hablo de una conciencia exenta de pecados veniales, en cuanto lo sufra la humana fragilidad.

Que teneis la conciencia limpia de pecados graves, ya lo supongo; y debo suponerlo, constándome, como me consta, que todos habeis hecho confesion general. Y si por desgracia yo me engañase, quiero decir, si desgraciadamente entre vosotros hubiese alguno que, habiendo callado voluntariamente algun pecado mortal, todavía se hallase en desgracia de Dios; á este tal le digo por última vez que se guarde de presentarse mañana en semejante estado á la sagrada mesa, porque comiendo así el Pan consagrado, se comeria su juicio y su propia condenacion.

Igualmente, si alguno advirtiese haberse olvidado en la confesion de alguna culpa grave, á este le digo tambien que se guarde de comulgar, sin haberla declarado antes. Aun hay tiempo, hijos míos, para reparar cualquiera falta ó error que con advertencia ó sin ella hayais cometido en la confesion; pues hoy y mañana yo asistiré en el confesonario para oír cuanto querais decirme ó explicarme. No importa me vengais diciendo que por temor ó vergüenza me callásteis tal y tal pecados: yo me haré cargo de vuestra fragilidad, y no temais no que por esto os trate con aspereza. Mas quiero que vengais á decírmelo todo, y me preciseis á estar algunos ratos mas en el confesonario, que no que mañana vayais á hacer un sacrilegio. Mas os diré: si cuando mañana estará ya dispuesto todo para la comunión os viniese á la memoria algun pecado que no hubiérais confesado, llamadme aparte, aunque me veais ocupado en otras cosas; que os aseguro lo dejaré todo para oiros y tranquilizaros. ¿Lo haréis, hijos?—(Sí, padre).

Pero esto no seria bastante: la santidad y pureza infinita del Dios que habeis de recibir exige que vuestra alma esté limpia hasta de las faltas ligeras, en cuanto sea capaz de ello

vuestra fragilidad y miseria. ¿No sabeis lo que hizo Dios con María santísima antes que su unigénito Hijo entrase en su seno á hacerse hombre? Le comunicó una pureza tan grande, que, como dice santo Tomás, no es posible concebir otra mayor en una simple criatura, preservándola al efecto, no solo de pecados mortales, sino tambien de toda culpa leve, y hasta de aquel pecado de origen que es comun á todos los demás hijos de Adán. Y esto lo hizo porque no hubiera sido decoroso á su unigénito Hijo entrar en el seno de una Virgen cuya alma hubiese sido manchada con la mas leve culpa.

Ahora bien, siendo la comunión un remedo ó semejanza del inefable misterio de la Encarnación, puesto que en ella recibimos al mismo que María santísima concibió en sus castísimas entrañas, ¿no será justo que os dispongais para ella purificándoos de toda mancha, aunque no sea sino de culpa leve? Si vais á comulgar con pecados veniales, no por esto haréis un sacrilegio, es verdad; pero haréis á Jesucristo un recibimiento poco digno de él, y además os privaréis de muchas gracias y favores. ¿Y no seria una lástima que esta primera comunión, que está destinada á traer grandes bienes y bendiciones, fuese por vuestra negligencia una comunión estéril é infructuosa? Esmeraos en purificaros bien de toda mancha leve antes de recibir el sagrado Cuerpo de Jesucristo, emplead el tiempo que aun os queda en detestar los pecados veniales, en borrarlos con actos de contrición, en pedir humildemente perdón á Dios de todos ellos. ¿Lo haréis así?—(Sí, padre).

La segunda disposición ha de ser una humildad profunda. ¡Ah! si, cuando mañana comulgaréis, pudiera yo descubrir á vuestros ojos lo que invisiblemente pasará en vuestro contorno, ¿qué pensais veríais? Veríais toda esta iglesia poblada de Ángeles que habrán bajado del cielo para honrar á Jesús presente en el santísimo Sacramento: veríais á estos espíritus

bienaventurados humildemente postrados ante la sagrada Hostia, dándole adoraciones las mas reverentes y profundas: los veríais cubrirse el rostro con las alas, juzgándose indignos de comparecer descubiertos ante la infinita majestad de un Dios¹. Y si ellos, que son las criaturas mas nobles y perfectas del universo, que á mas de la perfección de su naturaleza, incomparablemente superior á la nuestra, están llenos de los tesoros de la gracia y de la gloria, asisten con tanto respeto y humildad á nuestros altares, y tiemblan ante el Dios que reside en ellos, ¿con qué respeto, con qué humildad debeis vosotros acercaros á recibir á este Dios, vosotros que sois polvo y ceniza? ¡Ah! debeis acercaros llenos de un temor reverencial y profundo, repitiendo muchas veces lo que decia á Jesucristo el Centurion de quien nos habla el Evangelio: *Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum*². ¡Ah mi Dios! ¡ah mi Señor! si los mas altos Serafines del cielo tiemblan ante vuestra Majestad, si apenas se atreven á comparecer en vuestra presencia, ¿cómo osaré yo recibiros en mi corazón, yo que en cuanto al cuerpo no soy mas que puro polvo, y en cuanto al alma estoy lleno de manchas y defectos?

Con estos sentimientos de humildad solian comulgar los Santos: cuando ellos se acercaban á la sagrada comunión, lo hacian con una reverencia tan grande, con una humildad tan profunda, con una convicción tan viva de su bajeza, que no hay lengua que pueda expresarlo. Muchos de ellos, estando en el lecho de su muerte, teniendo ya acabadas las fuerzas, y no quedándoles mas que un soplo de vida, cuando se les llevó el sagrado Viático, se arrojaron en tierra; y recogiendo las pocas fuerzas que les quedaban, y haciendo un último esfuerzo, se postraron ante el divino Sacramento, y le adoraron con mues-

¹ Isai. vi, 6. — ² Matth. viii, 8.

tras tan grandes de reverencia, que parecia quisiesen aniquilarse á sí mismos. Con estos mismos sentimientos de humildad debeis prepararos para la santa comunión, si quereis recibirla de un modo digno.

Pero estos sentimientos de humildad no deben impedir que concibais un vivísimo deseo de recibir á Jesucristo, que es la tercera disposición necesaria para comulgar con fruto. Así como, para que el alimento corporal aproveche, es necesario tomarlo con un cierto anhelo, porque si se toma con fastidio, el estómago, ó no lo admite, ó no lo digiere bien; del mismo modo, para sacar fruto y utilidad del alimento espiritual de la santa comunión, es preciso recibirla con grande apetito, es decir, con deseos ardientes é inflamados. ¿No veis, dice san Juan Crisóstomo, el ardor con que los niños se llegan á los pechos de sus madres, la avidez con que toman la leche, y como, estando ya saciados, se entregan á un sueño plácido y profundo? Pues con igual ardor debeis vosotros correr á la santa comunión, á esos pechos espirituales que manan leche de dulzura y de gracia; esperando con santa impaciencia el momento de aplicar á ellos vuestros labios, y haciéndoseos insoportable toda dilación y retardo. A imitación del santo David, debeis enviar al cielo suspiros ardientes y continuos, diciendo á Jesucristo: «Señor, á la manera de un ciervo perseguido de los cazadores, que nada desea con mas ardor que encontrar una fuente, para apagar su sed y refrescarse; del mismo modo, mi alma os desea, ¡oh mi Dios!» ¡Ah! ¿cuándo llegará el momento, el momento feliz en que compareceré en vuestra presencia? ¡Ah mi Dios! ¡Ah mi amor! cada momento que se me retarda el recibirlos en mi corazón me parece un siglo: mi corazón desfallece, mi alma suspira y arde en vivos deseos de unirse con Vos: *Sitivit anima mea ad te, Deus.*

Hé aquí, mis amados niños, los pensamientos que deben ocuparos mientras aun no llega la hora de comulgar, á saber, el de purificaros de vuestras faltas, procurando la mayor pureza que sea posible; el de humillaros hasta el polvo, teniéndolos por indignos de la santa comunión; el de inflamar vuestros corazones, concibiendo vivos deseos de uniros con Jesucristo, nuestro bien. Esto es lo que habeis de hacer de vuestra parte.

Pero Vos, Señor, aplicad vuestra mano á esta obra, para que sepan disponerse como conviene para la grande acción que van á hacer. Y vosotros, Ángeles tutelares de estas tiernas almas, que tanto interés tomáis en todo cuanto atañe á su bien espiritual: san N. Patron de esta parroquia, que deseais la salvación de todos cuantos la componen, alcanzad á esas amables criaturas la gracia que necesitan para hacer dignamente su primera comunión, de la que tal vez depende su salvación eterna. Y Vos, Virgen santísima, ¡ah! mostrad ahora que sois su tierna Madre: *Monstra te esse Matrem*: ayudadlos, asistidlos, protegédlos, como os lo piden, diciéndolos arrodillados tres *Ave Marias*.

Ejercicio de la noche.—Así como el labrador recoge en verano el fruto de las fatigas que empleó en el invierno, y el jornalero recibe á la noche el salario del trabajo que hizo durante el día; igualmente en el último día de los ejercicios deben los niños recoger el fruto de cuanto se les ha hecho oír, meditar y examinar en los días precedentes. Este fruto ha de consistir en la formación de algunos propósitos, que sirvan de base y fundamento para una vida enteramente nueva y ajustada; por manera que si los niños salen de los ejercicios sin haber resuelto nada para lo venidero, en vano se les habrá estado ocupando por tantos días, y en vano también habrá empleado el cura el